



LA PARTIDA FINAL

Una apasionante novela sobre un torneo a vida o muerte
entre un prisionero judío y un sargento nazi.

JOHN DONOGHUE

JOHN DONOGHUE

LA PARTIDA FINAL

Traducción de Albert Fuentes

 Planeta

ÍNDICE

1. El gambito letón	7
2. La defensa holandesa	13
3. La apertura polaca	22
4. La defensa Benoni.	33
5. Apertura de peón de dama	37
6. Zugzwang.	44
7. Elohim y la fuerza del juicio	47
8. La apertura Réti.	51
9. Apertura de alfil	59
10. El destino del peón envenenado.	64
11. Gambito de dama aceptado.	77
12. El cañón de Alekhine	89
13. Una apertura cerrada.	98
14. La defensa de los dos caballos.	103
15. El molino	113
16. <i>Fianchetto</i>	126
17. Ruy López	135
18. La apertura Ahlhausen.	148
19. La variante Najdorf.	160
20. El contragambito Albin	173
21. La defensa báltica	181
22. El gambito Múnich.	194
23. La defensa francesa.	207
24. El ataque torre.	216

25. El sistema Colle.....	235
26. El ataque Trompowsky	245
27. La apertura inglesa	255
28. Apertura de peón de rey	265
29. <i>Giuoco piano</i>	275
30. La defensa Chigorin	285
31. La variante Janowski.....	299
32. La posición Philidor	311
33. El ataque indio de rey.....	330
34. La defensa Grünfeld	349
35. El contrataque Caro-Kann	360
36. El regalo griego	369
37. Final de partida: los cuatro caballos.....	381
38. La inmortal	396
Nota histórica	407
Agradecimientos	413

1

EL GAMBITO LETÓN

1944

Auschwitz III, Monowitz

Cae la tarde y reina el silencio en el campo. El crudo viento de febrero sopla del este y se cuela por los caminos entre los barracones de madera, aguardando el regreso de los presos, uno más que añadir a la larga lista de enemigos que los acechan. De todos es sabido que el viento en Auschwitz posee una lengua extraña. No habla del mundo exterior, del sol sobre las montañas distantes o de la nieve que cae ligera sobre las calles de las ciudades. Solo lo hace de lo que ve a este lado de las vallas electrificadas que rodean el campo, del hambre y las privaciones, de la soledad entre las multitudes que malviven aquí, de la muerte. Las lámparas de arco penetran en la oscuridad y colman el patio de armas de una luz antinatural, brillante, que proyecta unas sombras nítidas entre los postes de la alambrada que rodea el campo. Hay hambre. El hambre es otro de los enemigos, constante, pertinaz e insistente, un vacío voraz en la boca de cada estómago que ni la ración de pan matutina ni la aguada sopa de la noche pueden aplacar.

El agotamiento es otro de los enemigos, pero el campo no puede descansar. Es imperativa una vigilancia constante para prevenir cualquier infracción de las normas, normas no escritas, inescrutables e incomprensibles, normas que pueden crear-

se de un momento a otro, normas cuya única finalidad es multiplicar las posibilidades de sufrimiento. Cada una de esas normas, esté o no escrita, sea o no conocida, es otro enemigo: el campo se halla en guerra y para cada preso la única medida de la victoria es haber logrado sobrevivir un día más.

En su cálido despacho en el edificio de la *Kommandantur* que preside el campo, el teniente Paul Meissner mira por la ventana con una taza de café en la mano. El café es muy bueno, no como el sucedáneo que reciben los soldados del frente, porque el trabajo que hay que hacer en los campos es arduo y tiene una importancia capital para el bienestar del Reich. Meissner se acerca la taza a los labios y saborea la intensidad del aroma. Es un momento de tranquilidad: unos nubarrones plomizos cubren el horizonte. Le duele la pierna; señal inequívoca de que nevará antes del día siguiente.

Meissner es un hombre alto, incluso para ser alemán. Tiene el pelo castaño, pero sus ojos son de un azul centelleante, tanto que casi resultan turbadores. Es una rareza en el campo de concentración: un *Waffen-SS*. El cuello de su chaqueta luce la doble runa plateada, esos dos relámpagos sobre fondo negro, no la calavera de los SS responsables del campo, que pertenecen a las *Totenkopfverbände*.^{*} Cuando camina, lo hace con una visible cojera, un regalo de despedida de un tanque ruso. Es una condecoración: en el campo, son muy pocos los hombres que han servido en el frente. Ahora, desgrana sus días en la *Abteilung I*, a las órdenes del comandante del campo. Tiene encomendada la misión de supervisar los múltiples campos satélite que quedan bajo el paraguas de Auschwitz; en especial, el viejo *Zwangsar-*

^{*} Las SS se dividían en tres organizaciones principales: la general o *Allgemeine-SS*, la militar o *Waffen-SS*, y los guardas de los campos de concentración, encuadrados en las *Totenkopfverbände*, o Unidades de la Calavera. Sus integrantes se distinguían por lucir una calavera en la solapa derecha del cuello de sus chaquetas.

beitslager für Juden, Fürstengrube y Blechhammer, además de otros que están todavía más lejos. Es el responsable del personal de las SS y tiene a sus órdenes a dos sargentos y sus respectivos escuadrones, que obran milagros cotidianos con las listas de hombres y los transportes.

El principal quebradero de cabeza que tiene Meissner es la fábrica Buna de la IG Farben, el laberíntico complejo industrial para el que se construyó el campo de Monowitz. La fábrica explotará los yacimientos de carbón de los alrededores para producir combustible y caucho sintético, fundamentales para la maquinaria bélica del Reich, pero la construcción acumula varios meses de retraso y, de momento, no se ha obtenido ni una sola gota de combustible ni tampoco un solo gramo de caucho.

De pronto la calma se interrumpe. La orquesta del campo ha empezado a tocar. Es una alegre marcha militar. Meissner intenta recordar el nombre de la canción, pero se le resiste. Echa un vistazo a su reloj. ¿Cómo es posible que el día haya pasado tan rápido?

Unos minutos después, tras concluir su jornada en la fábrica, los presos empiezan a llegar al campo. La escena es tan absurda que casi resulta cómica: cadáveres andantes vestidos con uniformes de rayas azules, desfilando al compás de la alegre melodía de la orquesta. Algunos de los *Kapos** incluso han ordenado a sus hombres que canten. Los conducen directamente al patio de armas, donde deben formar en columnas de cinco en

* Las SS elegían a presos concretos, los llamados *Prominenten*, para que se ocuparan de gestionar los campos. Solían ser alemanes condenados por delitos comunes o políticos. Los *Ältesten*, o veteranos, se ocupaban de la administración de los dormitorios; los *Kapos* supervisaban los pelotones de trabajo o *Kommandos*. Se les concedían ciertos privilegios, siempre que mantuvieran el orden entre sus compañeros de presidio. A fin de conservar sus privilegios, los *Prominenten* a veces se empleaban con una violencia pavorosa: existen numerosos testimonios sobre presos a los que apalearon hasta la muerte por infracciones leves o imaginadas.

fondo. Los primeros en llegar tendrán que soportar el frío mientras esperan al resto. Hay más de diez mil presos y pasará un buen rato hasta que todos hayan formado y pueda empezar el recuento.

Entre los internos, hay un recién llegado de Francia. Todavía no muestra el rostro ojeroso y espectral del campo, y, aunque ha perdido peso y el uniforme le cuelga de los hombros como si fuera una bolsa, parece que su estado de salud aún es bueno. Tenía un nombre, pero eso fue en otra vida, una vida con un sentido más allá de la lucha cotidiana por la supervivencia. Se llamaba Emil Clément y era relojero. Ahora sencillamente es el prisionero número 163291.

A ojos del Reich, Emil es culpable de un crimen para el que no existe perdón: es judío.

Se hace el silencio en la plaza. Empieza el recuento. Los presos deben formar en posición de firmes e ignorar el cruel abrazo del frío sobre sus cuerpos demacrados. El campo espera, atenazado por una angustia sorda. Si los números no coinciden, el recuento tendrá que repetirse, desde el principio. Pero no esta noche. El suboficial encargado de hacer el recuento queda satisfecho y les ordena retirarse. Podría esperarse un suspiro de alivio colectivo, pero no: los presos simplemente pasan de un suplicio a otro. No pueden malgastar sus energías en suspiros.

Emil se derrumba en su catre. Pasa los días en un taller mecánico, fabricando diminutos mecanismos de repuesto para los múltiples instrumentos técnicos que miden y regulan los procesos que son el alma de la Buna. Su trabajo no es muy distinto del que solía hacer cuando fabricaba los engranajes de un buen reloj. Sin embargo, hoy lo han destinado a un *Kommando* de trabajo porque no había electricidad y ha tenido que descargar sacos de cemento de los vagones de un tren y llevarlos a un almacén. Nunca se ha sentido tan cansado, le duelen todos los músculos y nervios del cuerpo, y tiene los pies en carne viva por

culpa de los incómodos zuecos de madera que los obligan a llevar. Es tal el agotamiento que incluso el clamor incesante del hambre se suaviza.

Comparte catre con otro francés, Yves. Llegaron a Auschwitz en el mismo transporte desde el campo de internamiento de Drancy, aunque no se conocieron hasta que les asignaron la misma cama. Al principio, la idea de tener que compartir lecho con otro hombre, con un desconocido, le dio asco. Ahora sabe que es un afortunado: es el único momento del día en que se siente abrigado. Han trabado una fuerte amistad y cuidan el uno del otro. Si uno de ellos tiene suerte y consigue algo de comida —la mercancía más preciada del campo—, la comparten, no como los otros presos de su bloque. Emil se ha fijado en que lo habitual es no querer saber nada de los demás; la existencia de los presos es tan precaria que no soportan la idea de compartir nada. Esa soledad es la causante tanto de su debilidad como de la fuerza de quienes están al mando. Auschwitz es un campo dividido contra sí mismo.

Yves se sube al catre. Están en la litera superior. «Hazme sitio», dice. Emil refunfuña mientras obliga a su cuerpo derrengado a obedecer. Yves sonrío: «Hoy he tenido un buen día». Le ofrece algo a Emil. Es un mendrugo de pan negro. «Uno de los polacos ha dejado tirada una chaqueta de lana. Cuando nadie miraba, la he organizado.» En la jerga del campo, *organizar* significa robar. Los presos se ven obligados a organizar cosas si quieren sobrevivir. Y, conforme a las normas absurdas de Auschwitz, la práctica del hurto es alentada, pero severamente castigada si descubren al ladrón. «Me la escondí debajo de la chaqueta.»

Esa prenda es un botín extraordinario, aunque peligroso. Será difícil mantenerla escondida mucho tiempo: mejor cambiarla por otra cosa. En el lavabo que hay en el rincón del campo más alejado de los barracones que ocupan los hombres de las SS, se desarrolla un mercado floreciente. Cada día, cuando se da

por concluido el recuento, cientos de presos acuden a toda prisa a ese punto, algunos para vender, otros para comprar. Es un mercado de compradores, porque todos los estómagos están vacíos y la moneda del campo es el pan. A quienes tienen los ojos derrotados por el hambre se les puede convencer de que vendan su mercancía por una miseria entre el griterío del regateo. Una cuchara y un cuchillo: todos los presos los necesitan, pero las autoridades del campo no los proporcionan. Hay que comprarlos. Y es en ese mercado donde se intercambian junto con otros artículos que los presos han conseguido *organizar*.

—¿Qué has hecho con la chaqueta? —pregunta Emil.

—Se la he vendido al veterano del bloque dieciséis. Me ha dado dos raciones de pan a cambio.

Es un precio justo. Comen el pan en silencio, saboreando cada bocado, aunque les duele saber que sus compañeros de barracón están muertos de hambre. Nadie los molestará. Es una regla no escrita entre los presos. Todos harían lo mismo si tuvieran la oportunidad.

Pronto se apagan las luces y el campo se sume en un inquieto sopor. Al cabo de apenas unas horas volverá a comenzar el duro trabajo.

Yves se alegra de que le haya tocado en suerte a Emil como pareja. Es un hombre amable y cultivado. Hablan incansablemente sobre cómo era Francia antes de la guerra. Además, Yves siente curiosidad por la pasión que muestra Emil por el ajedrez.

—Vuelve a explicarme lo del gambito letón —le pide en voz baja, en la oscuridad.